

## NOTA EDITORIAL

Tiene razón Lamonedá: importa poco que algunos socialistas españoles, al ponerse en salvo después de la derrota, perdieran su carnet de afiliados; hay otra cosa mucho más grave, tan grave, que nada peor pudiera ocurrirle al P.S.O.E.: que sus hombres en el exilio vayan perdiendo las ideas.

Resulta muy cómodo despreciar la teoría y hasta puede deparar ocasión ese desprecio para hacer chistes con las barbas de los teorizantes; pero es fatal que, sin una formación teórica seria, el hombre desvinculado de su medio habitual caiga en desorientación y acabe estrellándose en cualquiera de los bandazos que provoca su confusión.

Parecían sin importancia aquellas asambleas y aquellas reuniones de comités, a costa de las cuales también han enriquecido algunos graciosos el repertorio de las pistas, y, sin embargo, gracias a ellas, gracias a los contactos que proporcionaban con los problemas, las opiniones y las inquietudes de la gente modesta, lograron algunos santones que las soportaban en penoso cumplimiento de un desagradable tributo reglamentario conservar el equilibrio político e ideológico que su falta de formación teórica les negaba.

Empezó el mal en nuestra patria cuando las exigencias agobiantes de la guerra pusieron entre el encumbramiento ministerial y el hombre de la fábrica o del sindicato fronteras infranqueables aun para la Dirección del Partido, que se vió muchas veces en el trance de renunciar a consultas de importancia para no escuchar los reproches malhumorados de quien consideraba perdidas la tarde o la mañana que se le ocuparon de ciento a viento con las más agobiantes inquietudes de la masa socialista.

Así, el divorcio entre la ola ciudadana dispuesta a defenderse sin medir los sacrificios y el mandatario vacilante, alcanzó categoría de irremediable a medida que el espíritu abierto

a todos los pesimismos fué perdiendo la fe por alejarse de la época en que templaba su ánimo en los desaparecidos contactos con el enterizo proletariado español.

Aquí no hay reuniones, mejor dicho, no hay inquietudes ni problemas de la gente modesta si no son los que buscan solución por los cauces del subsidio. Las voluntades de antiguo aficionadas a imponerse se desbordan al no encontrar más que el dique movedizo de lo que, más o menos justificadamente, consideran grupo adaptable de satélites y pedigiñeos. E inevitablemente el desbordamiento arrastra las aguas hacia terrenos bajos, asequibles; en este caso, los terrenos propicios a una decantada inclinación: la maniobra política sustituyendo a la ortodoxia ideológica.

Ya los clásicos del socialismo apuntaron el peligro. Y eso que cuando Marx previno las desviaciones y escupió su desprecio hacia la que pudiera llegarles por los caminos del "cretinismo parlamentario", no pudo imaginar que algún día se produciría una emigración voluminosa, compuesta casi en su totalidad por dirigentes. Y esto, que es justo, que es lógico, porque los dirigentes estaban votados en primer término al furor homicida de Falange, resulta otro de los inconvenientes de la emigración tan generosamente acogida por la nación mexicana. Inconveniente capaz de explicar que aquélla no haya asumido en ningún momento la defensa de una gesta gloriosa, que fué, casi exclusivamente, la gesta de un pueblo, y que en no pocos casos sus hombres más empingorotados ayuden al adversario en el trabajo denigrante de arrojar paletadas de cieno sobre la historia inmortal de tres años heroicos. Justifican al adversario y derrochan alegremente un caudal que tampoco es suyo, mil veces más importante que el caudal relictivo, y del que algún día, en el tumulto indignado de las asambleas y en el silencio agosto de los cementerios, habrán de dar cuenta estrecha a quienes supieron ganarlo con la más sencilla de las grandezas.

Emigración de dirigentes desenraizados, sin el contrapeso de la masa dirigida, va insensiblemente dejándose arrancar el trito a las ideas por la afición a la maniobra como una consecuencia lógica de apartamiento paulatino de los que lucharon y vinculación progresiva a los que maniobraron.

No faltan combatientes anónimos, filtrados para su fortuna o su desgracia en la corriente inmigratoria. Desdeñados al principio, pagan ahora con usura el desdén: escépticos los unos oyendo que lo que amaron hasta el sacrificio es denigrado

por los mismos que les enseñaron a amarlo, e indignados los más al contemplar calumniada la santa causa que supieron defender con heroísmo.

Hora es ya de que se cortara el estrago saliendo al paso de la desviación con los olvidados mandamientos socialistas en la mano.

Por fortuna para el P.S.O.E., al que si alguna vez faltó cantidad, jamás, desde su fundación, faltaron hombres de calidad, tampoco en esta ocasión van a faltarle. De esgrimir los mandamientos ha sido encargado Ramón Lamonedá, secretario general. Hombre que si una vez en la vida renunció al carnet creyendo servir mejor el ideal, no perdió jamás las ideas, a las que ha sacrificado desde la adolescencia y sin desmayo su tiempo, su inteligencia, su salud y, muchas veces, su libertad. Ramón Lamonedá, que pudo también pontificar desde el tranquilo aislamiento americano, habla después de arrostrar peligros mortales en París. No es incondicional de ningún hombre; sirve al partido con la mirada puesta en España y al socialismo con la ilusión de ver redimido al proletariado internacional.

Hombre austero, antítesis del líder profesional, enemigo de la captación por el palmetazo y del soborno por administración de la sonrisa, razonador, parece heredero directo de aquellos titanes que sembraron por España la buena nueva y a los que si faltaron siempre recursos histriónicos, no se les embotó nunca el filo cortante de sus aristas socialistas.

Enemigos de exaltaciones personales, violentamos por una vez nuestra costumbre para hacer justicia a un hombre cuya modestia excesiva ha sido explotada por los corifeos que custodian vanidades particulares sin que nunca la baba calumniosa se atreviera a negar su talento y su integridad.

Lamonedá, experimentado combatiente curtido en esa escuela inapreciable que es la lucha sindical, incansable lector de los maestros y aún más incansable escrutador de la vida, no se permite despreciar las teorías. Al contrario, con ellas y con los acuerdos de su Partido anda por el mundo.

No ha necesitado el orador amontonar textos olvidados de unos y nunca conocidos de otros; ha hecho algo mejor: ha trazado un bosquejo rápido de la historia del socialismo español, señalando ante casi todos los problemas fundamentales la actitud del Partido, que no puede obedecer al capricho de

tribunos más o menos elocuentes y más o menos oscilantes, sino a los acuerdos adoptados por el propio Partido en las reuniones de su Comité Nacional y de sus Congresos.

Y ha hecho bien en seguir ese procedimiento, porque hay historias tan claras que su solo enunciado las exalta y denuncia por comparación los extravíos.

Partido obrero, cada vez más vinculado a su movimiento sindical, cien veces cubierto de gloria en las batallas contra la reacción.

Partido que no se deja conducir a las antesalas borbónicas, porque "está y estaba entre las fuerzas que no han abandonado la trinchera por un régimen republicano que garantice a los trabajadores una existencia digna".

Partido que desprecia virilmente las tesis catastróficas, "porque la sangre de los mártires es siempre simiente revolucionaria" y porque su convicción y su experiencia le hacen creer ciegamente en el pueblo español, que en la represión datista encontró las fuentes de un formidable entusiasmo; en la de Berenguer, reacción para hundir una monarquía secular; en la de Gil Robles ánimo para la lluvia de votos de 1936, y en la de Franco está gestando un estallido gigantesco, adecuado a la inmensidad de su martirio, aunque no lo supongan los que han dejado de creer en el pueblo, aliados a los que nunca creyeron en él.

Partido sin "Ausente" y sin "Coincidente"; vencido temporalmente, pero no convencido; enemigo de todos los anti-marxistas, precisamente porque es celosa y orgullosamente marxista, por convicción y por devoción.

Partido que no se arrepiente de la sublevación de octubre, "no borrará de su historia ni la iniciativa de contestar con la insurrección a la entrada del Vaticano en el Gobierno de la República, ni la de elogiar a los hombres que por cumplir aquel mandato dieron unos su vida y otros su libertad".

Partido que no autorizó en 1934, ni autoriza hoy, "tratos ni contratos para pedir misericordia al enemigo".

Partido español, con ansias de fraternidad humana cabalgando por encima de las fronteras, porque "el día que en el espíritu se nos muera lo internacional, se nos habrá muerto también nuestra condición de socialistas".

Partido que "no puede tener más, no debe tener más que una dirección, una única dirección, una única cabeza", alejado del patrón francés, "que en el país de las doscientas familias hizo el partido de las doscientas autonomías".

Partido que consideró obligación sagrada defenderse del fascismo hasta la última consecuencia, sin permitir que su espíritu nacional se ablandara ante la destrucción económica ni su espíritu humano fuera abrumado por el inmenso dolor de pérdidas crueles, exactamente como lo han hecho después el pueblo griego y el pueblo ruso, a los que llaman heroicos los mismos que intriguaron para que el pueblo español, capitulando, dejara de ofrecer el ejemplo excelso.

Partido que dentro de su patria trabajó afanosamente, en muchas ocasiones con sacrificio y en alguna, memorable, con la oposición del despecho nacido al conjuro de una modificación ministerial, para que se mantuvieran unidas todas las fuerzas dispuestas a luchar por la democracia y por la libertad. Y que defendió obstinadamente en las reuniones internacionales la misma posición, con escándalo de todos los anticomunistas que hoy, después de la catástrofe que hubiera podido evitarse, han rectificado, llamando heroico al pueblo ruso, que entonces les parecía chusma esclavizada.

Partido de línea recta y clara, mantenida con entereza y machaconería, en medio de tanta confusión y de apostasía tanta, por una Ejecutiva de rabiosa independencia —y a causa de eso mismo acechada por todos los calumniadores—, en cumplimiento de los acuerdos adoptados en sus Comités Nacionales de Valencia (1937) y Barcelona (1938): Unión antifascista hasta septiembre de 1939, arrostrando las injurias de quienes aprovechaban el ambiente enrarecido por las propagandas de Goebels para motejarla de comunista y se despeñaron en la villanía hasta denunciar a sus componentes en letras de molde a la policía francesa como agentes de Moscú. Unión antifascista hasta junio de 1941, sin conmoverse ante la acusación de quienes durante ese período les increpaban estúpidamente llamándoles “lacayos de la plutocracia”. Unión antifascista desde junio de 1941, fecha en que fué sepultado el cliché de la “guerra interimperialista”. Y unión antifascista, de acuerdo al fin todos, desde que hacia enero de 1942 la inmortal resistencia soviética empezó a convencer a los más recalcitrantes, reclutados entre la nobleza de Inglaterra y los refugiados de España.

Resistencia indómita, mantenida a costa de sacrificios terribles; alianza de todas las fuerzas progresivas contra el infernal despotismo totalitario, predicadas sin desmayos y sin titubeos desde 1936. Ese fué el mandato reiterado del Partido y esa ha sido la línea mantenida inflexiblemente por la Ejecu-

**tiva. No hay nadie, a nuestra derecha o a nuestra izquierda, en nuestra patria o fuera de ella, que pueda presentar, después del angustioso período en que tanto hombre, tantos partidos y tantas naciones se hundieron, un acierto tan claramente vislumbrado y tan reciamente mantenido. Más que con orgullo, lo proclamamos con pena: Si lo que ha sido hecho ante la acometida hitleriana se hubiese realizado cuando lo vieron necesario los hombres modestos del socialismo español y no quisieron verlo estadistas y gerifaltes que detentaban las más elevadas atalayas, la bestia totalitaria habría sido amordazada antes de que mordiera y el mundo se hubiera ahorrado el más espantoso de los cataclismos.**

**Ha sido, pues, la conferencia un muestrario de verdades que no son viejas, pero que era preciso evocar.**

**En las conciencias verdaderamente socialistas sonarán los recuerdos como clarín de combate y muy pocas serán las que resistan las ansias, así renovadas, de poner continuación a un pasado glorioso. Con ellas y sin ellas, la Comisión Ejecutiva del P.S.O.E. continuará su camino, apoyada por los que "somos siempre, sencilla, modesta e invariablemente, socialistas".**